

## Prólogo

Mis queridos y fraternales lectores, han entrado ustedes en un mundo de esos libros que hablan sobre la lectura. Quizá para huir del tedio o, tal vez, espoleados por la curiosidad, se han atrevido a adentrarse por otro pasillo más del amplio laberinto sobre la lectura. La máxima de Montaigne "hay más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema" podría muy bien aplicarse a la lectura. ¿Para qué, se preguntarán ustedes, una obra más sobre este asunto? ¿Qué más se puede decir sobre un tema que ha logrado tan alto consenso? Todos, absolutamente todos los actores del drama parecen estar de acuerdo en la bondad de la lectura. Las madres, las maestras, las ministras, las profesionales de todos los campos (sí, también sus homólogos masculinos, por supuesto) ensalzan la lectura como una actividad noble y buena.

Desde los presidentes a los banqueros, pasando por las estrellas del espectáculo, todo el mundo alaba la importancia de leer y lo bonito que es ver a las criaturas leyendo. Es raro, en nuestros días, que algún personaje mediático reconozca su aversión a la lectura o declare no tener ningún libro en su mesilla de noche.

Recientemente, el New York Times ha publicado un reportaje sobre los hábitos lectores de los magnates de la industria y los negocios. Responsables o creadores de grandes firmas nos hablan sobre sus bibliotecas personales y comentan lo bien que les sientan las lecturas. Lo cierto es que el artículo en cuestión se detiene con insistencia en los metros cuadrados que ocupa cada colección, en si tienen una o varias bibliotecas (en función del número de sus casas), si conservan los libros en su domicilio personal o en la empresa y en los miles de dólares en los que están

valorados los documentos. En fin, parece que con el asunto de la lectura es fácil confundirse y quedarse en la cáscara y no ir a lo fundamental. Da la impresión de que la posesión sustituye a la apropiación de los contenidos, como esos artículos que fotocopiados frenéticamente pero que jamás leemos.

La lectura, a pesar de las lágrimas que cada día se vierten por su próxima e inminente desaparición, goza de muy buena imagen. Seguro que casi todo el mundo siente respeto ante la visión de unas estanterías repletas de libros. La misma idea de biblioteca está asociada al conocimiento, a la cultura, a altos valores aparentemente compartidos por todos pero..., todo esto se acompaña de lúgubres datos estadísticos: las gentes no leen. El tiempo dedicado a sus actividades de ocio no incluye los libros, ni casi las revistas. Parece como si las personas empezaran a mirar a los libros como artefactos extraños, difíciles o molestos a la hora de abordar su uso. Trastos un poco inútiles y de complicado manejo. Sí, es verdad que son decorativos pero mejor no abrirlos o, en todo caso ¿para qué abrirlos?

¿Será verdad que la gente no lee? ¿Para qué queremos que lean? ¿Qué es lo que no leen? o, parafraseando a Juan Domingo Argüelles, ¿Qué leen los que no leen? Para los más catastrofistas, pero también para los optimistas sin sentido, las tecnologías han matado al libro y con éste a la lectura. La Red ha sustituido a la vieja guardia de objetos polvorientos y aburridos para acercarnos a un mundo nuevo, limpio, radicalmente democrático..., o a una pesadilla de desinformación, control de voluntades y falta de pensamiento crítico. En cualquiera de los dos análisis se está confundiendo el medio por el que se distribuye, o presenta, la palabra escrita con la acción de leer (o no leer).

Si uno quiere utilizar internet para buscar información, para enterarse de cosas, para entretenerse, para saber en dónde está el entretenimiento o para comunicarse es necesario leer (y escribir). Parece que esta obviedad se olvida a veces. Como olvidamos qué es lo verdaderamente importante en la lectura.

En este asunto se dan demasiadas cosas por sabidas, es terreno apropiado para el tópico y las, aparentemente, buenas intenciones.

Pero, en todo caso, cuando decimos que la lectura es beneficiosa para las personas, y por extensión para la sociedad a la que pertenecen,

no nos referimos al simple hecho de descifrar signos y enterarnos de un dato útil o incluso necesario para nuestra vida diaria. El uso de la lectura para hacer más cómoda nuestra vida, para aprobar exámenes o para mejorar en nuestro trabajo es algo que tiene mucha importancia pero no es ese el asunto, al menos no el único, que trae entre sus líneas *Palabras por la lectura*.

Tendemos a asociar la lectura con multitud de beneficios prácticos (que no vamos a negar que están ahí) pero, lo cierto, y eso lo sabemos todos los que nos rendimos a esa actividad por placer, es que hay una lectura que no sirve absolutamente para nada útil. Al menos desde el punto de vista de la rentabilidad económica o de la vida práctica o de las posibilidades de ganar más dinero. Los supuestos beneficios sobre el espíritu también deben ser matizados. Nuestra historia está llena de personas muy cultas y muy leídas que no vacilaron a la hora de asesinar, torturar y denigrar a sus semejantes.

Entre el medicamento y el veneno, la lectura ha sido tratada y ensalzada con multitud de metáforas y se le han adjudicado atributos contrapuestos. Sus mismas bondades saltan de un lado a otro quitándose la palabra sin pudor. Nos lo dice José Antonio Gómez Hernández en este libro: "Se han dado muchas razones sobre por qué y para qué leer, y me identifico con la mayoría, aunque aparentemente se contradigan".

Así pues, queridos lectores, la obra que habéis decidido abrir está pensada y escrita desde el convencimiento de que la lectura es una actividad muy recomendable pero con el rechazo al lugar común o a la banalidad. Ni cualquier lectura es buena, ni da lo mismo leer unas cosas u otras. Mar García Lozano reflexiona en su contribución sobre por qué son peligrosos los malos libros. Amos Oz habla de buenos y malos lectores para identificar dos maneras de leer contrapuestas: la de quienes quieren saber obsesivamente qué pasa por la cabeza de los escritores o la de quienes intentan descubrirse a sí mismos en los textos.

Otra cosa, bien distinta, es que podamos elaborar un canon que nos permita hacer la lista infalible de los libros que servirán para todos, que harán trabajar las mentes, que ayudarán a todas las personas a construirse. Aquí entran en juego las particularidades de cada lector para encontrar un sentido, para sentirse tocado, para dejarse habitar (o no) por

determinada obra. Nora Levinton recalca que la lectura puede tener efectos sanadores sobre el espíritu "como estímulo, como ansiolítico y antidepresivo" pero también nos puede llevar a la melancolía o a la angustia.

Lo cierto es que los beneficios de la lectura no siempre se pueden razonar e incluso sus mejores efectos, muchas veces, exceden nuestra capacidad de análisis. Como nos dice Juan Mata, la lectura tiene la propiedad de hacernos salir de nosotros mismos y, al regreso de ese lugar al que nos lleva, traemos frutos que no sabemos de qué árbol han sido arrancados. La lectura puede ayudar a dar sentido a nuestras vidas. De hecho, sólo podemos entender nuestra existencia a modo de historia, de narración. Pero lo que no sabemos es qué textos nos van a ayudar a encontrar sentido a lo que nos pasa. Ni siquiera somos capaces de transmitir los sentimientos que nos habitan cuando una lectura nos hace efecto.

Este libro va dirigido a quienes leen y, muy especialmente, a todos los que quieren extender esa práctica entre sus semejantes. Es decir, todos los que desde una actividad profesional o desde su vida diaria están implicados en la promoción de la lectura. El lector encontrará aquí muchas ideas pero también muchas preguntas que son como fogonazos que activan y desatan los pensamientos.

Los autores de *Palabras por la lectura* proceden de ámbitos diversos y a todos se les ha pedido que contesten a la misma pregunta: "¿Qué significa leer en el siglo XXI?". Se les ha sugerido que escriban desde lo personal, desde sus propias experiencias y han tenido total libertad para elegir el estilo, el tono y el acercamiento que ellos desearan.

Entre los autores hay escritores, bibliotecarios, profesores, editores, críticos literarios, libreros y gente de otras profesiones (una socióloga, una psicoanalista, un ilustrador, un pintor). En una primera aproximación se podría pensar que sería posible clasificar a los participantes según el sector profesional del que proceden; pero esto, como comprobarán al leer los textos, no tiene mucho sentido. La diversidad de estilos y tonos utilizados no tiene nada que ver con la dedicación de quien escribe. Así, hay escritores que escogen la forma de cuento para expresar lo que piensan (Ricardo Gómez, Pablo Albo) pero también es el recurso escogido

por una bibliotecaria (Marta Torres), un ilustrador (Isidro Ferrer) y un librero (Pep Durán). Muchas contribuciones tienen un carácter autobiográfico. John Berger se remonta a una lectura adolescente para rastrear en su concepción de la vida y en su condición de escritor. Mientras, el joven poeta Najwan Darwish reflexiona sobre lo que significan para él, un no creyente que vive en una tierra ocupada, los mundos que le ofrecen los libros. Por su parte, Félix Romeo utiliza los recuerdos de sus visitas juveniles a las librerías de viejo y reconstruye un placer que va del olfato a la descarga de adrenalina del coleccionista.

Algunos participantes escogen hablar de la lectura en relación con su actividad profesional (Blanca Calvo, Loli León, Luca Ferreri, Marilena Cortesini, Begoña Marlasca y Ramón Salaberria, bibliotecarios; Nora Levinton, psicoanalista; Mafalda Milhoes y Ana Garralón, librerías; Fernando Salmón, José Luis Polanco y Juan Mata, profesores). Hay autores que han escogido caminar por los límites, iluminando espacios no demasiado transitados; como Vicente Ferrer, editor, que nos hace pensar en todos los que, relacionados con el libro, pasan muy a menudo desapercibidos: tipógrafos, diseñadores, ilustradores. Estrella Ortiz, narradora oral, se acuerda de los árboles, tan relacionados con la fabricación del papel que, de momento, es el principal soporte para la edición de libros. Gustavo Puerta, crítico literario, reflexiona sobre la "prelectura" y los libros sin palabras de Bruno Munari.

Samuel Alonso, escritor y editor, utiliza sus lecturas favoritas (también algunas citas) para dialogar sobre qué es la lectura y cómo se construyen los lectores. Por su parte, Carmen Carramiñana y Mercedes Caballud escriben desde su experiencia en juntar familia, escuela y biblioteca. La lectura tiene esos curiosos caminos que llevan de lo personal a lo comunitario, de la soledad del sillón o la cama a la conversación compartida en espacios públicos. La vivimos en la soledad de nuestras mentes, pero nos ayuda a conectar con los otros, a descubrir mundos ajenos. Nos saca de nosotros mismos.

Carlo Frabetti utiliza su participación en encuentros entre escritores y público infantil para reflexionar sobre lo que hace que los niños prefieran otros entretenimientos a lectura. La bibliotecaria Geneviève Patte habla sobre las posibilidades que dan los libros para que mejore la comu-

nicación entre padres e hijos. Xosé Antonio Neira, por su parte, lamenta todo lo que se pierden los que no han tenido una infancia lectora, todos los "amigos" que han dejado de conocer y los placeres que no han llegado a probar. Y es que es muy difícil, este libro es prueba de ello, tratar estos asuntos sin que nos lancemos al proselitismo y queramos remediar las carencias lectoras. Por supuesto, cualquiera es libre de decidir no leer, pero resulta imposible admitir que tantas personas vivan ajenas a la lectura porque no han tenido ocasiones de familiarizarse con ella, o porque nadie les ha presentado la posibilidad de llegar a ella de una manera libre y atractiva.

Este libro nace de la convicción de que la lectura es una puerta que debe estar abierta para todo el mundo y que cerrarla equivale a negar derechos fundamentales de las personas. Por eso, en muchos textos se puede detectar un afán por hablar de lo bueno que nos regalan los libros (Rosa Regás, Emilio Lledó, Manolita Espinosa) y lo necesaria que es la lectura para mejorar nuestra vida.

Todos los autores tienen una estrecha relación con los libros y la lectura pero en el caso de Luis Miguel Cencerrado y de Raquel López Royo este vínculo ha estado unido a la selección de libros para que otros lean. Algo parecido se puede decir de Fernando Yela, José Antonio Camacho y Vicente Aldeanuela, miembros del Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Guadalajara. En todos ellos hay una preocupación por descubrir los motivos por los que uno llega a hacerse lector.

Para qué leemos es una pregunta que subyace en todas las páginas de *Palabras por la lectura*, pero Gonzalo Moure lo convierte en piedra angular de su texto. También Fefa Vila intenta buscar respuestas y, además, desvela sus propias estrategias como lectora para evidenciar los aspectos culturales y políticos que conforman nuestras maneras de leer. De distintos tipos de lecturas habla el poeta José Corredor-Matheos, y Gustavo Martín Garzo, de lo que nos pasa cuando leemos. Por su parte, Pedro Castortega indaga en qué es leer y en lo que ocurre cuando nos dejamos a merced de los libros.

Es ésta, queridos lectores, una obra que sirve como metáfora de lo que es la lectura. Los distintos discursos, hablando de lo mismo, iluminan diferentes aspectos. No hay una manera única de leer, ni el mismo

libro actúa igual sobre todas las personas, ni hay un único camino para convertirse en lector. Lo que sí encontramos es un afán común por compartir pensamientos y experiencias. Y quizá lo mejor de la lectura sea eso, la posibilidad de compartir algo con quienes ya no están entre nosotros o con quienes nunca llegamos a coincidir. Podemos vivir la experiencia de ver "a hombros de gigantes" y llegar más allá de lo que nunca hubiéramos podido desde nuestra pobre condición de individuos.

Entre las muchas metáforas que se han inventado sobre la lectura, a mí me gusta especialmente la del viaje. Al leer nos apartamos de nuestro vivir de cada día y podemos llegar a lugares que, de otra manera, jamás hubiéramos visitado. De ese viaje, si nos dejamos libres, si no oponemos resistencia, volveremos cambiados. Las palabras leídas (también las contadas, es verdad) nos pueden ayudar a vernos de otra forma y a ver al otro que, quizá, en nuestra vida diaria no habría tenido derecho de existencia. Ese viajar de la lectura puede servir para tender puentes y unir personas y pueblos. Por eso, para mí es especialmente importante que entre los participantes haya gente de distintos sitios (de dentro y fuera de España) y que dos de los autores sean un israelí y un palestino. Al menos en el mundo de las palabras escritas y leídas, la convivencia es posible. El primer paso para que algo ocurra es desearlo. Si además podemos contárselo a otros, estaremos más cerca de que ocurra.

Javier Pérez Iglesias, bibliotecario

## Agradecimientos

Para que un libro como *Palabras por la lectura* haya llegado a ser han tenido que juntarse muchos sueños y muchas voluntades. Por eso, no se puede evitar una lista de agradecimientos que tiene que comenzar con los nombres de los propios autores que tan someramente he presentado. Todos han accedido a participar sin recibir ninguna compensación económica y para mí ha sido un privilegio tratar con ellos y leer en primicia sus contribuciones. Pero además, es obligado agradecer entre otros a: Raquel García Lozano por su traducción y sus palabras; Pilar Vázquez por el camino hacia John Berger; Marta Soto, Ettore Formicone y Eli Gaeta por las traducciones, las conversaciones y las afinidades; Ofelia Grande (Siruela) y Deborah Owen, por su intermediación con Amos Oz; X. Bastida por sus gestiones con Palestina; Jacob de ACPP (Jerusalén) por el contacto con Najwan Darwish y por el poema; Waleed Saleh por la traducción; Nuria Ventura por las dudas; Amanda por las lecturas; Michèle Petit por su risa y todo lo que cuenta; José Luis Sampedro y Olga porque, de alguna manera, están en este libro; Pablo que empieza a leer lo que pone en todas partes; Gabi que se lo inventa; Liliana Felipe por sus palabras cantadas; Susana por las sugerencias y el humor; Pedro L. por los contactos y propuestas; Ana Julia por sus "sies" y sus "noes"; Begoña Pernas por las cartas francesas; Chusa González Hernández por los perros, los tés y el olor del jazmín; las dos Martas (Peredo y Ontañón) porque siempre han tenido un buen libro que ofrecerme; Daniel Goldin por su atención y sus silencios; Ángel y Raúl por los tipos, los tamaños, los blancos y los negros; mi madre que me enseñó las mejores palabras; Fernando porque, al igual que algunas lecturas, sabe sacar lo mejor que hay en mí.